

PARA UN MEJOR APROVECHAMIENTO DEL TEMA, SE RECOMIENDA SEGUIR LOS SIGUIENTES PASOS:

1. QUE CADA CÓNYUGE REALICE UNA PRIMERA LECTURA INDIVIDUAL.
2. QUE POSTERIORMENTE, LO LEAN CONJUNTAMENTE AMBOS CÓNYUGES PARA PROFUNDIZAR EN ÉL, CONSULTAR REFERENCIAS, PONER EN COMÚN Y ESTABLECER UN DIÁLOGO ENTORNO A LAS PREGUNTAS CONYUGALES.
3. QUE, FINALMENTE, SE TRABAJEN LAS PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO DURANTE LA REUNIÓN MENSUAL, DESPUÉS DE LA EXPOSICIÓN PREVIA.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

II. “QUE EL MUNDO COMPRENDA QUE YO AMO AL PADRE” (Jn 14,31): EL SECRETO DEL CORAZÓN DE JESÚS

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA BÚSQUEDA DE DIOS: ¿DÓNDE SE LE ENCUENTRA?	2
3) ¿DÓNDE ENCUENTRA JESÚS A SU PADRE?.....	2
4) EL CORAZÓN DE DIOS	4
5) PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	6
6) PRÁCTICAS.....	6

1) Introducción

El corazón de Jesús es un corazón abierto. ¿Qué encontramos, al entrar en él?

No es solo un lugar pacífico de reposo, sino que está habitado por una gran pasión: “He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!” (Lc 12,49-50). “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros...” (Lc 22,15).

Es la pasión que le empujaba a levantarse cuando aún estaba oscuro. La pasión que dirigió toda su vida hacia un cáliz amargo, bebido con confianza (Jn 12,27-28). La pasión que le movió a expulsar a latigazos a quienes profanaban el templo (Jn 2,17). La pasión que le hará vivir, en Gethsemaní, el Padrenuestro: “no lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú”.

Vemos ya de qué pasión se trata: es el amor a su Padre, es el celo por su Dios. Prueba de esto son los salmos, que estaban escritos para Jesús. Su alma tenía desde siempre sed del Dios vivo (Sal 42[41],3) y su carne retozaba por Dios (Sal

84[83],3). Desde este deseo de Jesús nos acercamos a la pregunta central de toda vida: la pregunta por Dios.

2) La búsqueda de Dios: ¿dónde se le encuentra?

Benedicto XVI compartió una vez una inquietud que le había acompañado desde que era joven teólogo: se habla hoy poco de Dios en la Iglesia, cuando debería ser el asunto clave. En su libro *Jesús de Nazaret* el Papa volvía sobre el asunto, al considerar que Cristo no ha resuelto todos los problemas y sufrimientos del mundo. ¿Qué nos ha traído entonces de valioso?

Benedicto responde: nos ha abierto el camino hacia Dios. Y añade que esto debería bastarnos. Cristo no ha eliminado el sufrimiento, pero lo ha transformado en camino fecundo hacia la meta más alta y, de este modo, le ha quitado su aguijón. Aquél que sabe cómo y dónde buscar a Dios, ése sabe por qué y para qué se vive, en la alegría y en la pena.

Afirman los sociólogos que no existe sociedad que no se abra de algún modo a la trascendencia. La pregunta interesante no es si Dios está o no presente en cada cultura (¡lo está!), sino *dónde* lo está, es decir, en qué lugar o ámbito se le encuentra.

La película *La sociedad de la nieve* narra la historia de aquel avión uruguayo que se estrelló en los Andes y cuyos ocupantes hubieron de sobrevivir en la montaña durante meses. Una noche, en medio del frío, dos jóvenes conversan sobre Dios, constatando que el Dios de sus tardes dominicales en Montevideo era distinto al Dios que se manifestaba en la montaña. Dios cambiaba rostro al cambiar el lugar, del salón acogedor a la intemperie.

¿Dónde se manifiesta el Dios cristiano? ¿Puede, desde ese lugar, estar presente en todos los lugares donde viven los hombres? Veamos algunas opciones.

Los antiguos encontraban a Dios en el orden del cosmos. Hoy, cuando las leyes de la naturaleza pretenden explicar exhaustivamente el universo no resulta inmediato encontrar ahí a Dios. Como decía un profesor: muchos alumnos se vuelven ateos en la clase de biología.

Los modernos, por su parte, hemos encontrado a Dios en la conciencia individual, que se considera inviolable y sagrada. Hoy, en la sociedad pluralista, este camino lleva a un Dios de cada uno, que no tiene relevancia para la vida común. Dios, entonces, desaparece de nuestras relaciones, no está en la familia ni en la educación ni en la plaza pública.

¿Dónde se manifiesta el Dios cristiano? Lo intuimos: en el corazón del hombre. Para verlo nos hacemos otra pregunta.

3) ¿Dónde encuentra Jesús a su Padre?

¿En qué ámbito o aspecto de la vida de Jesús se le mostró Dios de modo originario y fontal, para poder hallarle luego en las otras cosas? Fijémonos en algunas experiencias de Cristo que le abren a Dios.

a) En primer lugar, la relación de Jesús con Dios pasa por la comida: “mi alimento es hacer la voluntad del Padre” (Jn 4,34). Nada más hablar de “Padre

nuestro”, Jesús añade “pan nuestro”. Y describe a un padre como aquel que da a su hijo pan, y no piedras (*Mt 7,9*). Una imagen favorita para el encuentro final con el Padre es el banquete...

Entonces, para entender la adhesión de Jesús a la voluntad del Padre, hay que entender qué es alimentarse. Para Jesús el deseo de Dios no es meramente espiritual, sino que abraza su cuerpo que tiene hambre, come, se nutre. ¿Qué significa esto?

Pensemos en el niño que recibe la leche del pecho materno. No busca solo llenar su estómago sino, ante todo, anhela la relación con su madre. Esta relación pasa por el alimento y, de este modo, toca de lleno el cuerpo del hijo. Desde la acogida afectuosa de su madre, que lo nutre, el hijo aprende a vivir su cuerpo con aprecio y respeto. El cuerpo se hace testigo de un origen bueno que nos protege y cuida.

Como vemos, en el alimento hay ya una dimensión espiritual, pues nos habla de un amor originario que nos sostiene.

Pues bien, si Jesús tiene hambre de la voluntad de Dios, es porque la percibe inscrita en lo más íntimo de sus deseos, y no como algo impuesto. Él descubre la voluntad de Dios como amor que sostiene toda su vida y la hace buena desde su origen más hondo. El Padre no es un Dios lejano que ordena el Universo desde lo alto, sino el Dios Creador que sostiene nuestro ser y cada uno de nuestros pasos. Gracias al Padre, no solo recibimos el alimento, sino la capacidad de hacer bien la digestión (cf. *Mt 6,25*). Por eso Jesús le agradece “haberle dado un cuerpo” (*Heb 10,5*).

b) Otro lugar donde Jesús encuentra al Padre es su casa o morada, como dijo a María y a José de muchacho: “¿no sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?” Y la morada no es solo la casa de piedra, sino el espacio familiar. Por eso la morada es un espacio afectivo, un espacio del corazón. Encontrar a Dios en la casa es proclamar que todas nuestras relaciones se abren hacia Dios, origen y destino último de la vida humana. Desde esta experiencia de la morada llamó Jesús a los discípulos “los que el Padre me ha dado”.

Jesús mostrará luego celo por la casa de su Padre. A Jesús le apasiona que Dios sea tratado como Dios. Este celo toca la afectividad de Jesús, y le mueve a actuar, purificando el Templo. La purificación consiste en anunciar que Dios se va a construir una nueva casa, que será el cuerpo de Jesús (*Jn 2,21*).

¿El cuerpo, casa? Si, el cuerpo es casa porque la casa se funda sobre la unión del hombre y la mujer unidos en una sola carne, y porque los hermanos se unen en el cuerpo. A Dios se le encuentra en su casa y se le honra en su casa, si se le encuentra y honra antes en las relaciones corporales que constituyen la familia.

De este modo Jesús encuentra a Dios en todos los vínculos que el cuerpo insta para formar la casa: en la unión de los esposos o los hermanos, en la vida que se transmite a los hijos... Por eso, en la Última Cena, abrirá su cuerpo-templo para acoger en Él a los discípulos: “en la casa de mi Padre (su templo, que es mi cuerpo) hay muchas moradas [...] Voy a prepararos un lugar” (*Jn 14,2*).

c) Veamos otro ámbito donde Jesús encuentra a su Padre: el trabajo. Jesús, hijo del carpintero, tuvo experiencia de cómo el padre enseña al hijo a obrar. Y usa

esta experiencia para decir: “mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo” (Jn 5,17); el Hijo solo obra lo que ve obrar al Padre (Jn 5,19).

El trabajo tiene que ver también con el cuerpo, pues el cuerpo nos capacita para participar en el mundo y transformarlo. Jesús encuentra al Padre en toda actividad que transforma el mundo para llevarlo a su destino. Esto queda claro en los milagros de Jesús. Son milagros que restablecen el plan del Creador. Y, además, al curar manos, pies, ojos, Jesús capacita al hombre para obrar y seguir conduciendo el mundo hacia la gloria del Padre.

d) La comida, la morada, el trabajo... Cristo encuentra al Padre en estos ámbitos, que pasan por su cuerpo. La plenitud llega en la cruz y resurrección. Es el momento en que Jesús ofrece su cuerpo como cordero pascual para que *lo comamos*; en que edifica el nuevo templo o *morada* de Dios; en que lleva a cabo su *trabajo* definitivo que inaugura un nuevo mundo.

Esto nos revela un cuarto ámbito donde Jesús halla al Padre: su hora. Jesús no encuentra a Dios fuera de la historia, sino dentro de ella. Hay un signo de esto cuando se retira a orar a un lugar solitario, por ejemplo, tras multiplicar los panes y peces, cuando ve que quieren hacerle rey (Jn 6,15). Arriba, en la montaña, a solas con su Padre, hablaría con Él de otra realeza, que tenía que venir por la cruz. En su soledad con Dios hablaba Jesús, como en el Tabor (cf. Lc 9,31), de su hora de encuentro con Dios a través de la prueba. La hora llegó en Gethsemaní, donde Jesús acogió con su corazón humano el querer del Padre.

Los ámbitos donde Jesús encuentra a Dios – la comida, la morada, el trabajo – tienen que pasar por esta hora. Encontramos a Dios en el alimento si lo vivimos con gratitud por sus dones, incluso en la pobreza. Encontramos a Dios en la morada si sabemos que nuestras relaciones son camino hacia Dios, incluso entre ofensas. Encontramos a Dios en el trabajo si buscamos conducir el mundo a Dios, incluso haciendo frente a los fracasos. Para aprender todo esto hay que pasar por la cruz y esperar la vida nueva que nos dará el Padre.

Resumimos: ¿dónde encuentra Jesús a Dios? Es el corazón puro el que reconoce el cuerpo como testigo del amor de Dios que *nos alimenta*. Es el corazón puro el que reconoce en el cuerpo una llamada a trenzar relaciones que hacen *hogar* y se abren así a Dios. Es el corazón puro el que encuentra al Padre en el cuerpo que *trabaja*, es decir, que modela el mundo para gloria de Dios. Jesús, por tanto, encuentra a Dios en el corazón. ¿Y cómo es el Dios que se deja encontrar de este modo?

4) El corazón de Dios

Para que Dios pueda salirnos al encuentro en el ámbito del corazón, Él mismo ha de tener corazón, implicándose en nuestra vida y abriéndola hacia Él.

Jorge Luis Borges ha narrado la historia del sacerdote azteca prisionero del conquistador Alvarado. El indio jura venganza y se dedica día y noche a descifrar las catorce palabras mágicas que le darán control absoluto del mundo. Tras arduo esfuerzo meditativo se le revelan estas catorce palabras. Pero, al mismo tiempo, alcanza otra luz: nunca pronunciará estas palabras. La razón es que, habiendo llegado a la unidad con el Dios universal, la historia concreta del azteca y de

Alvarado ha perdido toda importancia, y no merece la pena molestarse por ella. Entrar en Dios es para él salir del cuerpo con sus concretos deseos e intereses de supervivencia.

Pues bien, este Dios narrado por Borges no es el Dios que nos ha revelado Jesús, el cual se manifiesta en el ámbito abierto por el corazón. Si Dios se encontrara con el hombre por medio de la pura inteligencia, sería plausible la historia de Borges. Y también si ese ámbito de encuentro fuera la voluntad de Dios y del hombre. Un encuentro así obligaría al hombre a perder interés por lo humano, pues ¿quién comprendió la mente del Señor y sus caminos?

Pero la cosa cambia si el lugar de encuentro con Dios es el corazón, porque solo tiene corazón quien se abre al otro, lo acoge, lo ama en su dignidad única y en su situación concreta. Así se había mostrado Dios ya en el Antiguo Testamento, apasionado por la suerte de sus hijos.

Lo vemos en los profetas Oseas, Jeremías y Ezequiel. Dios les encargó que revelaran el amor de Dios por su Pueblo, no solo con palabras, sino a través del dolor que les causaba la traición o la soledad. De esta forma traducían a Israel lo que Dios experimentaba por el rechazo del Pueblo, y cómo le herían al Señor sus pecados. Así, por ejemplo, Oseas desposó a una mujer infiel. Y Jeremías no se casó, para poner de manifiesto la esterilidad de Jerusalén, que había abandonado a Dios. Dios llega a decir que el corazón se le revuelve en sus entrañas cuando experimenta el extravío de su hijo y le nace el deseo de perdonarle (cf. *Os* 11,8).

Pues bien, esto que los profetas vivían lo ha llevado a plenitud Jesús. Los profetas solo pudieron representar la ausencia de Dios ante el rechazo de su Pueblo. La novedad de Jesús consistió en vivir en el cuerpo, no la ausencia de Dios, sino su venida como esposo y padre de Israel. El cuerpo se ha hecho en Cristo transparencia del Padre, de modo que el corazón de Cristo nos revela el amor del Padre.

Vemos este corazón del Padre en las parábolas de Jesús. Es un corazón que se alegra cuando regresa el hijo pródigo, signo de su compasión cuando se marchó por esos mundos. Y se enfada porque los invitados no vienen a las bodas del hijo, signo de que le importan el hijo y también los invitados. En su obra *Signo de contradicción* (capítulos 3 y 6 a 8) Karol Wojtyła ha hablado del misterio de este “gran corazón”.

Dice un aforismo del escritor colombiano Nicolás Gómez Dávila: “lo difícil no es creer en Dios; lo difícil es creer que le importamos”. Ante el corazón abierto de Jesús esta dificultad desaparece. Sucede lo contrario. El corazón de Jesús es el lugar donde es fácil (porque es evidente) creer que a Dios le importamos. Nos ha revelado cuánto el Padre nos ama, y nos ha hecho capaces de responder a ese amor.

Nuestra época secularizada ha expulsado a Dios de los lugares comunes y trata de recluirlo en la intimidad de cada uno. Hemos visto que Dios se revela, sin embargo, en el corazón. Es decir, Dios nos toca allí donde nuestra vida se abre al amor y responde a su llamada. Y se revela allí porque Él tiene corazón.

Este es el secreto del corazón de Jesús: el Padre. Este es su celo, que al contrario de nuestros celos no quiere reservarse para sí al amado, sino compartirlo

con todos. Pues Dios, al tocarnos en el corazón, no nos toca como solitarios, sino en común: nuestro Dios.

Según el corazón de Jesús, Dios te llama, por tanto, en tu hambre, tanto cuando ayunas como cuando compartes la alegría del banquete. Dios te toca en tu hogar, cuando lo edificas o reedificas. Dios te toca en tu trabajo, con su dureza y con su fruto. Dios te toca en tu agenda cotidiana y en las edades de tu vida. Y en todos esos lugares tú también le tocas a Él.

¿Qué significa esto para edificar el amor sponsal y para educar a nuestros hijos? ¿Qué significa para la comunión y misión de Familias de Betania? ¿Vivimos a Dios en solitario, o le vivimos en común, en el corazón? ¿Y qué ambientes construimos para que ese Dios pueda vivir y actuar en nosotros?

5) Preguntas para el diálogo conyugal

- 1- ¿Hacemos presente a Dios en nuestro matrimonio? ¿Lo encontramos en la comida, la morada, las relaciones conyugales y el trabajo?
- 2- ¿Por qué es evidente que a Dios le importa de una manera única nuestro matrimonio? ¿Cómo ha actuado en nuestro corazón desde que somos una sola carne?
- 3- ¿Qué pasajes de la Sagrada Escritura os ayudan a ver vuestro camino matrimonial hacia Dios Padre?

6) Preguntas para el diálogo en la reunión de equipo

- 4- ¿Dónde se manifiesta el Dios cristiano? ¿En la inteligencia abstracta? ¿En la emoción trepidante? ¿En cualquier parte y en ninguna? ¿Qué diferencias observas a la hora de responder esta cuestión entre los antiguos y los modernos?
- 5- ¿Dónde encuentra Jesús a Dios? ¿Dónde lo encontramos nosotros?
- 6- ¿Qué quiere decir que el lugar de encuentro con Dios es el corazón?
- 7- En tu vida cotidiana, ¿cómo combatir y superar la tendencia secularizada a recluir a Dios en la intimidad de cada uno?

7) Prácticas

Recitar diariamente o semanalmente en familia la segunda serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡enséñanos a entregar la vida por los amigos!”